Con Reina Reyes

Entrevista de María Esther Gilio

"A LOS 85 AÑOS, ME GUSTA LA VIDA, ME GUSTA EL CAMBIO"

—*Voy a mirar tres fotos. Sólo tres. Lindas fotos. Está muy linda usted aquí, pero cuénteme: ¿anoche estuvo pensando en su vida como me prometió?*

—¿Pensando? Pasé la noche caminando por "los patios de la memoria". Mi vida es muy larga. Daría para escribir tres o cuatro vidas o más. Pasé la noche viéndola como en una pantalla. Amores, trabajo, hijos, prisión. Tengo 85 años. No lo olvide.

—*¿Ah sí? ¿Prisión? ¿Cuántos años?*

—Catorce años.

—*¿Qué había hecho?*

—Casarme a los veinte. Como consecuencia estuve catorce años "presa". Aislada en medio del campo. Sin leer un libro, sólo la revista **La Chacra**. No tenía con quién hablar.

—*Por lo menos tendría satisfacciones por el lado de la sensualidad. Usted tenía veinte años.*

—No, nada. No había satisfacciones por ningún lado. Lo único positivo fueron dos hijos. Un día me decidí, los cargué a los dos y me vine a Montevideo. No era bobada divorciarse hace cincuenta años. Toda mi familia me dio la espalda. Dejaron de saludarme. Yo era...

—*Una mujer de la calle.*

—Qué sé yo qué era... Lo peor. Pero me desquité. Hoy no me quejo de mi vida.

—*Reina, me gustaría que comparara su adolescencia con la de hoy.*

—Nosotros no teníamos libertad de ninguna clase. Yo tenía hora fija para llegar. En esa época la mujer pasaba de la autoridad del padre a la del marido.

—*¿Su padre también era muy autoritario?*

—Sí, pero yo no sé si era por eso que se oponía. Yo creo que tenía celos. Después, cuando me separé se puso todavía más furioso. Tanto que de su herencia no me tocó nada. Cambió un poquito respecto de mí, aunque no mucho, cuando empezó a ver que me elogiaban y me querían. Pero poco después se murió.

***"Muchas alegrías y muchas tristezas tuvo mi vida. Mire, mire estos viejos diarios. Aquí está el testimonio de algunos momentos que fueron de felicidad"**, dijo Reina Reyes acercando álbumes llenos de fotos, diarios amarillos, hasta que la mesa quedó cubierta de papel impreso, con lo cual dio comienzo a una batalla que sólo terminó cuando la entrevista. Ella quería revolver papeles, mirar fotos, leer cartas, dedicatorias, poemas. Revisar viejos testimonios de su vida, como si su sola palabra no bastara, como si fuera necesario recurrir a las pruebas escritas que consignaran sin ninguna clase de dudas sus horas de triunfo o de mártir de la incomprensión y el prejuicio. Aquella mesa estaba llena de eso, de fotos borrosas donde una Reina Reyes de pelo rubio y pechos abundantes recibía algunas veces felicitaciones y aplausos y otras veces era afrentada con una de las peores injurias: **"Comunista"**. Todo aquello habría necesitado muchos horas, tal vez días. Era necesario ser dura.*

—*Estamos entonces en que usted estaba con dos hijos, en un mundo bastante hostil por el hecho del divorcio. ¿Qué pasó allí?*

—Nunca estaba sola. Tenía muchísimos admiradores. Yo me había divorciado un poco joven, un poco inteligente y un poco linda. Con estos tres pocos se hizo un mucho. Y bueno, con eso me defendí. Tenía treinta y cuatro años.

—*Plena guerra española. Cuénteme de esos años del exilio español.*

—Con ese motivo dije mi primer discurso junto al monumento a los españoles en la Avenida Agraciada *(dijo poniéndose de pie en busca de recortes).*

—*¡Reina! Recortes no. Cuénteme de esa época.*

—Verá. Un día recibimos la noticia de que un uruguayo estaba preso en España. Se llamaba Ferrandiz Albors y pedía que hiciéramos algo ante Franco.

Yo tomé la carta, me fui a lo de Vaz Ferreira y le dije: **"Doctor, hagamos un telegrama"**. **"Es inútil"**, me dijo él. **"Yo lo hago de todas maneras a su nombre"**, le dije. Lo hice y lo mandé. Un día, tiempo después, entro al Ateneo y veo allí un esqueleto. Era Ferrandiz Albors que venía a dar las gracias al doctor Vaz Ferreira. El telegrama, por esas cosas de la suerte, había llegado el día del cumpleaños de Franco.

—*¡Y Franco dijo "sí"!*

—Claro, le dio la libertad. Ferrandiz era un hombre formidable. Extraordinario.

—*Se enamoró.*

—No, no, no me enamoré. ¿Usted cree que yo me enamoraba a cada rato?

—*Sí, yo creía que había sido una mujer de muchos amores.*

—Pues no. Yo me enamoré una sola vez en la vida. De una persona muy humilde que había aprendido a leer a los catorce años. Y que terminó siendo profesor de matemáticas.

—*¿Y cuánto duró?*

—No me acuerdo. Un tiempo. En un momento dejó de verme y yo fui a ver a su médico. Este me dijo que le había aconsejado que me dejara. Estaba muy enfermo del corazón.

—*¿Y usted lo volvía loco?*

—No, yo no volvía loco a nadie. En todo caso al pobre Martín Etchegoyen, el dirigente blanco, que estuvo enamoradísimo. Pero mi padre no lo dejaba ni acercarse porque decía que no se conocía su origen. Que había sido recogido por una señora, a la puerta de su casa. Prejuicios de la época. Al final de la vida volvimos a encontrarnos. Estaba claro que por nuestras ideas sólo podíamos ser enemigos.

—*¿Y Vaz Ferreira?*

—Había una gran admiración de mi parte y nada más. Yo le decía cosas que nadie se permitía. **"Qué linda corbata se ha puesto."** **"Pero doctor, qué perfume tan exquisito."** Nadie se animaba a decirle cosas así. Un día él me dice: **"¿Sabe que se rumorea que usted y yo nos casamos?"**. Yo le contesté: **"¿Sabe doctor que desde que me divorcié viven casándome?"**.

—*A usted no le gustaba.*

—En ese sentido no.

—*Cuénteme de su militancia durante la Segunda Guerra.*

—Yo hablaba a todos los vientos contra Hitler. Recuerdo la primera reunión contra el Eje y sus aliados, que se había realizado en la Peña Andaluza. Yo estaba a la puerta y no me animaba a entrar. Me daba vergüenza. Era muy tímida.

—*¡Tímida!*

—Sí, yo había pasado catorce años oyendo que no servía para nada. Mi hijo de pantalón corto, al lado mío, me dijo: **"Entrá mamá"**. Entré pero durante varias sesiones no abrí la boca. Un día me animé y dije algo. Al rato el presidente, que era Seoanes Olivera, apostilló: **"Como dijo acertadamente la señora..."**. Yo me di vuelta a ver qué señora. Era yo. A partir de allí me fui soltando, dediqué muchas horas a trabajar contra el Eje.

—*¿Qué pasaba mientras tanto con su actividad como maestra?*

—Yo había trabajado tres años antes de casarme. En cuanto me casé tuve que abandonar y cuando me separé no retomé el magisterio, sino que me hice profesora. Profesora de pedagogía. Mi grupito tenía cuatro alumnos. Recuerdo un día. María Orticochea me llama y me dice: **"Se casa el 25 por ciento de su clase"**. Se casaba una alumna. Después gané un concurso importante. Se lo gané a Julio Castro. Peleamos mucho. No coincidíamos.

—*¿En qué no coincidían?*

—El tema era "La escuela rural". Julio Castro condicionaba la labor escolar al origen de los alumnos. Si se trataba de campesinos debían recibir una educación que tuviera que ver con su condición. Yo, en cambio, afirmaba que había que educar al **hombre**, que los fines son los mismos para todos los hombres.

—*¿No es la tesis de Julio Castro la más aceptada hoy? ¿No es la que acepta y promueve Paulo Freire?*

—No me gusta eso de "Pedagogía del oprimido", de Paulo Freire. La pedagogía es una ciencia y no me parece que le convengan tales calificaciones. En lo que estoy de acuerdo con él es en que hay que conocer profundamente el lenguaje del educando, en eso sí. Un día yo leí en una clase la historia de la lechera. Una chica me dijo: **"Yo no entendí nada. ¿Cómo puede una lechera ir a vender leche?"**. Para ella una lechera era una vaca. Hay que conocer el lenguaje, en eso estoy de acuerdo. Pero educar... hay que educar al **hombre para el mundo** no para este o aquel lugar del mundo.

—*A partir de usted hubo un cambio importante en la pedagogía que se enseñó a los maestros.*

—Sí, la pedagogía que se enseñaba en el Instituto era una cosa rancia. Yo integré a la pedagogía cosas que la renovaron. Porque yo leía sociología, psicología, filosofía.

—*Cuénteme qué cosas cambiaron en la práctica.*

—Yo busqué una orientación humanística.

—*¿Qué significó en los hechos?*

—Asimilar la idea de que todo lo social importa. A mí me hizo muy bien trabajar en un albergue. Le voy a mostrar, espere, le voy a mostrar el libro que escribí sobre eso, ahí puede leer.

—*No quiero leer el libro, Reina, quiero que usted me cuente.*

—Bueno, en ese albergue escuché a todo el mundo. Escuché a ciento quince jóvenes que me hablaron de sus vidas. Vidas terribles. Aún veo, a veces, a esas chicas. Una viene y me dice: **"¿No se acuerda Reina? Usted me compró una túnica para el ir al Instituto"**. Otra dice: **"Usted me ayudó a hacer tales o cuales trámites"**. Yo ya ni me acuerdo. Pero ellas se acuerdan. Y a mí me gusta eso. Sentirse querido es muy lindo. Un día voy a bajar de un ómnibus y el conductor me dice: **"Profesora, ¿es aquí que quiere bajar?"**. **"¿Cómo sabe que soy profesora?"** **"Le doy un solo dato: mi nieta se llama Reina."**

—*Algo habría hecho usted por la mamá de la nena.*

—Sí, seguramente.

"La educación deforma porque introduce un excesivo intelectualismo; porque da una importancia desmedida a la inteligencia"

—Usted dice que aprendió mucho en aquel albergue.

—Sí, fue lo más lindo de mi vida. Era el albergue de la calle Yaguarón, del Consejo del Niño. Pero no estuve mucho; me sacaron del puesto porque defendía a las muchachas.

—Era en los años cuarenta. ¿Algo parecido al Buen Pastor?

—Era peor. Iban allí menores prostitutas, bailarinas de cabaret. Si le muestro... Tengo toda una "enciclopedia" con los detalles de cada chica.

—No quiero ver la "enciclopedia". Cuénteme usted algún caso.

—Un día llega una chica con un hijo de meses. Ella vivía con un hombre del que estaba embarazada. El padre del niño era ladrón y lo habían llevado preso. Ella encuentra a otro hombre que le ofrece casamiento y nombre para el hijo y dice sí. Pero éste también era ladrón y también va preso. Sale el primero y, enterado del asunto, va con un machete, amenaza a la muchacha y le roba el hijo. Ella me lo cuenta y dice que el hombre debe andar por el Cerrito. Voy y lo busco, lo busco y lo busco hasta que encuentro la casa. Una vecina me dice: **"Se lo llevaron porque robó una bicicleta". "¿Y el niño?" "Se lo llevó, no sé a dónde."** Me fui a la Jefatura para que interrogaran al padre. No querían. **"¿Pero cómo se va a preocupar de gente así?"** Tanto insistí que lo interrogaron. El niño estaba en el Consejo. Voy a buscarlo. No lo entregan. El hombre lo había anotado en el Registro Civil como hijo suyo, a su nombre. No se pudo hacer nada. La muchacha nunca más volvió a ver a su hijo. Las autoridades del Consejo no se lo permitieron.

—Usted dijo que la echaron por defender a las chicas. ¿En este sentido, defender?

—Yo las defendía porque luchaba para sacarlas del albergue. Y el doctor Bauzá era una bestia humana y no estaba de acuerdo. Tengo todas las notas que escribí al doctor Bauzá *(dice con aire tímido)*.

—Claro, el doctor Bauzá quería que las dejara allí, ocultas y lo más quietas posible. Es el sistema. La cosa es que no molesten.

—Yo hablaba con las familias y les pedía que las sacaran porque en el albergue se podía hacer muy poco para su recuperación, o nada. ¿Puedo mostrarle un libro? Fíjese, lo escribí a partir de la experiencia del albergue. Se llama **Psicología y reeducación del adolescente**. ¿Ve? Lo encontré usado en la feria. La última frase del libro dice: **"Recordando he perdido en actitud científica pero he ganado en actitud humana"**. El dueño del libro había puesto a continuación de esta frase esta otra: **"Felicitaciones, no todos pueden hacerlo. Gracias"**.

—Resumiendo, Reina, su vida fue trabajo y amor.

—Sí. Pero no amor personal. Amor humano. El amor de los seres que tenemos alrededor, amor a lo que era diferente a mí.

—A lo que no era usted misma. Pero usted también se quiere bastante.

—¿Sí?

—Claro que sí. Mire la lindísima blusa de bolados que tiene puesta, el peinado cuidadoso.

—¿Sí? Quiero a mis hijos y a mis nietos, y... Sí, a mí también me quiero. ¿Está mal? Porque querer a este y al otro y al otro..., ¿no?

—No podemos quedarnos afuera de tanto querer.

—No. Me gusta la vida. Me gusta el cambio.

—¿Siempre le gustó el cambio?

—Sí. Nada me hace sentir más viva que el cambio.

—Si tuviera que resumir en una frase qué quiere decir educar, ¿qué diría?

—Educar es enseñar a vivir. Por eso hay que acercar el arte a los niños. El arte enseña a vivir. Me trajeron una selección de poesías para niños. Terminé de leerlas y qué ganas de tener niños acá mismo para leérselas.

—¿Prefiere la relación con los niños a la relación con los jóvenes?

—Todo me gusta. Pero el niño...

—¿Qué tiene el niño?

—El niño tiene algo muy lindo. No ha sido deformado todavía por la educación.

—¿Por qué deforma la educación?

—Porque introduce un excesivo intelectualismo. Porque da una importancia desmedida a la inteligencia. Yo critiqué eso en un libro que ganó un concurso de Marcha...

—¿Para qué futuro educamos? Es espléndido.

—Critiqué que la UNESCO usara como símbolo una cabeza con un punto luminoso en la frente. ¿Y las manos? **"No se sabe** –dice Whitehead– **si el cerebro formó a la mano o la mano formó al cerebro."**

—¿Reina, por qué renunció en el 70 a su curso de Instrucción Cívica?

—Yo gané ese concurso de Instrucción Cívica en el 60 y renuncié a las clases porque no se podía hacer auténtica instrucción cívica con este animal, este paraguayo que tenemos ahora como candidato.

—¿Pacheco Areco?

—Ese.

—Usted habló del amor en un sentido amplio, pero, ¿cómo olvidar los amores más personales y concretos? ¿Cómo olvidar a Felisberto Hernández? De ese amor me gustaría que hablara.

—Le cuento, se casaba mi hija. Y yo sentí que me iba a quedar muy sola –y se lo comenté al doctor Cáceres–. Este me dijo: **"Pero usted puede ser feliz todavía. Hay un hombre con quien podría ser muy feliz. Un hombre que vive enamorado de usted: Felisberto Hernández"**. Me reí. No le di importancia. Un día encuentro a Felisberto en la Plaza Cagancha y le digo: **"¿Sabe que lo quieren casar, Felisberto?". "¿Con quién? ¿Con Susana Soca?" "Ah, no sé"**, dije yo.

—¿Pero a usted le gustaba?

—Sí y no. Me gustaba su genio, su originalidad. El romance empezó. Iba a mis clases a escucharme. Quería casarse. Pero estaba en la miseria. Completamente en la miseria.

—Era difícil casarse, entonces.

—El, además, no había terminado el divorcio de su cuarta mujer. Yo era la quinta. Un día alquilé un departamento, lo llevé y le dije: **"Aquí vamos a vivir"**. Y así fue. Más tarde nos casamos, cuando terminó su divorcio, en un ranchito de Solís, que estaba en medio de un barrial, con mis hijos como testigos. El estaba muy enamorado.

—Conozco las cartas que le escribió. Muy apasionadas. ¿Usted también le escribía?

—Sí, recuerdo una que le mandé estando afuera. Quedó deslumbrado. Loco. Me escribió diciendo que después de esa carta no podía dormir, ni se podía afeitar, ni podía comer. Que todo le parecía un sueño. Era un gran enamorado. Pero muy mal compañero. De un egoísmo difícil de imaginar. Un día me rompí un brazo. Esa tarde salió y no volvió más. Cuando pude levantarme fui a la pensión donde vivía su madre, pensión que era yo quien pagaba. La dueña me dijo: **"Pero señora, ¿usted no lo sabe? Su marido vino a buscar a la madre y anoche se fueron al interior"**.

—Todas sus mujeres hablan del egoísmo de Felisberto y de la relación con su madre.

—Tenía una fijación con la madre. Vivían en el mismo cuarto.

—Un Edipo de libro. ¿Y ese deslumbramiento del comienzo?

—Era genial escucharlo *(dice Reina, levantando la mirada con expresión de embeleso para bajarla al instante con la misma intensidad pero teñida de furia)*. Su egoísmo era infinito... pero también su genio. Un día había una reunión en casa y él explicó la filosofía del cuento "La casa inundada". Fue maravilloso. No sé si primero fue poeta y luego filósofo o al revés. Todo estaba mezclado. Ruben Yáñez, que lo escuchó, me dijo luego: **"Nunca había estado con un genio"**.

—No fue muy feliz en el amor. ¿Lo siente como algo que le faltó?

—No. Yo recibí mucho amor aunque no fuera de esa clase. He recibido mucho más de lo que he dado. ¿Usted sabe que yo fui diputada por la Catorce? Por poco tiempo. Me desilusionó la política. Los diputados para levantar la mano miraban qué hacía César Batlle. Prefería la enseñanza. Tenía que eligir. Renuncié.

—No hay duda de que la enseñanza es su gran pasión. ¿Qué ha pasado con el proyecto de la Escuela Nueva en estos últimos cuarenta o cincuenta años?

—Le diré que la Escuela Nueva no consigue hoy cumplir con la totalidad de sus objetivos. En el interior de la escuela se renuevan aspectos técnicos y metodológicos pero se descuidan finalidades políticas.

—¿A qué finalidades políticas se refiere?

—No me refiero a las políticas partidarias ya que hay que defender la laicidad en la función educativa, sino al conocimiento de nuestra realidad de hoy. Está bien estudiar la invasión de los portugueses, pero, ¿y las invasiones que bajo otros nombres sufrimos hoy? Ayer quisieron dominarnos y nos defendimos, ¿y hoy?, ¿ahora? ¿Qué pasa hoy que estamos cada vez más pobres y más dependientes? ¿No sería necesario que los niños supieran qué ocurre con nuestros productos que cada vez valen menos? La Escuela ignora este aspecto de la enseñanza. ¿Podemos seguir asimilando las pautas que a ellos les permiten realizar sus objetivos? ¿Podemos valorizar el poseer al tiempo que olvidamos la importancia del ser? En una palabra: el niño y el joven deberían ser alertados sobre esta historia que hoy vivimos.

—¿Cuál fue la influencia de la dictadura en la educación?

—La dictadura deterioró todas las instituciones docentes, desde la escuela primaria a la Universidad. La creatividad fue perseguida en todas sus formas. Se cultivó la actitud pasiva del alumno. Se le enseñó a aceptar todo lo que se le daba. Estaba prohibido analizar, criticar. Pensar.

—Dijo hace un momento que en la enseñanza se da una excesiva importancia a lo intelectual.

—¿Es capaz, esta vez, de ver algo que digo en mi libro **¿Para qué futuro educamos?** ¿Esta vez sí? Lea aquí, página 17.

"El conocimiento es conceptual y, como tal, abstracto y puede trasmitirse; la comprensión no lo es porque está referida a situaciones concretas, y variables hasta lo infinito; confundirlos, según Aldous Huxley, es uno de los pecados intelectuales. 'La simplificación, generalización y abstracción excesivas son otros tres pecados relacionados con el pecado de imaginar que conocimiento y pseudo conocimiento son lo mismo que la comprensión.'

La excesiva importancia concedida al cultivo de lo intelectual en las instituciones educativas tiene otra gravísima consecuencia: no hace consciente al hombre de lo que otros hombres le ofrecen generosamente para su formación, y con eso se acentúa su egoísmo biológico y su conducta individualista. La educación en lugar de integrar el hombre al grupo, lo aísla o hace que busque en el grupo ser como los demás, en desmedro de una auténtica personalidad."

—Gracias. ●